

Laclau, Ernesto. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005. 312 páginas.

Lenin Flórez

*Profesor, Departamento de Historia
Universidad del Valle*

Un estilo “reconstructivo” del concepto de hegemonía.¹

Este libro constituye un paso fundamental en la elaboración teórica que desde la década de los años setenta viene haciendo el autor sobre las formas de construcción de lo social, las lógicas articuladoras, las voluntades colectivas y totalidades sociales, el giro hegemónico, y la relación hegemónica o constitución ontológica de lo político. En síntesis, el giro populista, la construcción de un pueblo o la razón populista. Expresado en términos filosóficos, es la contingencia de la universalidad (articulación contingente). La lógica populista bien puede ser la de toda lógica articuladora de lo político: “una significación universal inconmensurable consigo misma” o con cualquier particularismo. Esta totalidad de voluntades colectivas es lo que tentativamente podemos llamar hegemonía, y es el objeto de estudio de Laclau.

Esta labor intelectual ha despertado siempre apasionadas discusiones con numerosos científicos sociales y humanistas que no es el caso consignar en esta reseña. La polémica ha tenido un sesgo marxista, dado el perfil gramsciano de los desarrollos de la categoría de *hegemonía* y el hecho de que a Laclau se le haya ubicado como desintegrador del marxismo de lo inmanente esencialista además de estar resignado a aceptar el capitalismo con algunas reformas.

Colocado contra la pared, el texto puede ser tomado como la respuesta contundente a partidarios y detractores como Stuart Hall, Donna Landry, Gerald Maclean, Ellen Wood, Norman Geras, Michéle Barrett, Judith Butler, Slavoj Žižek, Atilio Boron, Fred Dallmayr, Nicos Mouzelis, Elias Jose Palti, entre otros, e Isabel Rauber, sin proponérselo.²

El libro consta de tres partes. La primera es su punto inicial para el análisis, ubicando el populismo “como una forma legítima, entre otras, de construir el vínculo político”. Se adentra en el debate sobre las llamadas sociedad de masas y psicología de masas que habían colocado, en su esfuerzo homogeneizante, como patológica la irrupción de lo masivo: de Le Bon al avance freudiano en la definición del problema de la identidad y del agrupamiento social. Laclau acoge dos lógicas sociales que influyen en la constitución de todos los grupos sociales y son la organización y el líder narcisista. Enseguida advierte que su investigación no

¹ Jacques Derrida, *Espectros de Marx: El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional* (Madrid: Trotta, 1995).

² Isabel Rauber, *Sujetos políticos: Rumbos estratégicos y tareas actuales de los movimientos sociales y políticos en América Latina* (Bogotá, Ediciones Desde Abajo, 2006).

debe ser calificada de freudiana y que se mueve en una perspectiva dialogante e intertextual con varias tradiciones. Hay un rechazo absoluto a la forma peyorativa y manipuladora con que algunos autores tratan el tema del populismo.

Todo el trabajo de Laclau estaría justificado por “la limitación de las herramientas ontológicas actualmente disponibles para el análisis político” (p. 16).

¿Cuáles son las herramientas que nos proporciona Laclau? ¿Será la desconstrucción del concepto de hegemonía, como dice Jacques Derrida en *Espectros de Marx* al remitir a una nueva elaboración de este concepto por el autor de *La razón populista*? Precisamente en la segunda parte del libro, capítulos cuarto, quinto y sexto, e iniciando con “algunos atisbos ontológicos”, nos va a dar la respuesta. Así, cada lector decidirá si Laclau realiza un recompromiso y relectura de Marx,³ o si lo liquida.⁴

Aclaradas brevemente tres categorías centrales (*discurso, significantes vacíos y hegemonía, retórica*) para su enfoque teórico, el autor pasa a explicar los presupuestos de lo que es un pueblo, su construcción y la implicación hegemónica.

Es imposible acercarnos a la comprensión de Laclau si no entendemos que nos movemos en un terreno discursivo: “totalidad estructurada que resulta de la práctica articuladora” (relaciones diferenciales). Lo no discursivo sólo es aprehensible contextualizándolo en categorías discursivas políticas, o como dice Michèle Barret, “Laclau y Mouffe no ponen en duda la referencialidad material sino que insisten en que el significado de los objetos físicos debe ser entendido mediante la aprehensión de su lugar en un sistema (o discurso) de reglas socialmente construidas”.⁵ El pueblo no es un *a priori* sino una relación real entre agentes sociales, una manera de “constituir la unidad del grupo”.

El pueblo se va a constituir mediante la articulación de demandas sociales. Es la movilización la que hace equivalentes las demandas (la institucionalidad no las satisface) y forma cadenas como sistema estable de significación y unificación simbólica. Esas demandas sociales, consignas, movimientos sociales, derechos o posicionamientos diferenciales son articulables y pasan a configurar “la lógica de la equivalencia”.

La movilización, la tensión en un campo de disputa hegemónica (relación real entre agentes sociales) conduce a la construcción de la identidad popular. De pluralidad de demandas a una cadena equivalencial jalonada por un significante tendencialmente vacío. Estamos ante la presencia de una totalidad en la cual una parte, una diferencia, una demanda, una particularidad (relaciones diferenciales, lógica de la diferencia) ha asumido el rol de una universalidad imposible, la parcialidad es construida como fuerza hegemónica. El referente no es el grupo sino la demanda.

³ Michèle Barret, “Ideología, política, hegemonía: De Gramsci a Laclau y Mouffe”, *Ideología: Un mapa de la cuestión*, comp. Slavoj Žižek (Buenos Aires: FCE, 2005) 263-294.

⁴ Atilio A. Boron, *Tras el Búho de Minerva: Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo* (Buenos Aires: FCE, 2000).

⁵ Barret, “Ideología...”.

Un pasaje del libro resume perfectamente el esquema conceptual del autor y, aunque es largo, se hace necesario citarlo:

Esta operación por la que una particularidad asume una significación universal inconmensurable consigo misma es lo que denominamos *hegemonía*. Y dado que esta totalidad o universalidad encarnada es, como hemos visto, un objeto imposible, la identidad hegemónica pasa a ser algo del orden del significante vacío, transformando a su propia particularidad en el cuerpo que encarna una totalidad inalcanzable. Con esto debería quedar claro que la categoría de totalidad no puede ser erradicada, pero que, como una totalidad fallida, constituye un horizonte y no un fundamento. (p. 95)

Quizás es importante destacar ciertos aspectos polémicos que algunos ubicarían entre la ontología y la postontología política: no reducción de la función ontológica de lo particular a su contenido óptico en la medida en que transforma su propia parcialidad en el nombre de una universalidad que lo trasciende. Esta totalidad no es “material” y por eso requiere ser una construcción social contingente, conjunto heterogéneo “presente como aquello que está ausente” o la parcialidad de lo universal: ¿Estos juegos de significación o juegos del lenguaje (lógica interna de la hegemonía que no requiere de ninguna fundamentación apriorística) conllevan la desconstrucción de las clases como punto nodal en el pensamiento de Laclau al concebir la clase como una entre otras demandas?

Indudablemente, hay diferencia con otros autores en los siguientes aspectos:

- a. Considerar que la clase ha perdido el papel de núcleo articulador de todas las identidades al ser parte de una cadena que abarca numerosas identidades.
- b. Hoy no se sabe exactamente *quiénes* son los obreros.
- c. Su identidad está puesta en duda.
- d. La ubicación en y con respecto a las relaciones sociales de producción deja de ser decisiva en la definición de las identidades sociales.

En fin, dice Laclau: “estoy dispuesto a aceptar el desafío del posmodernismo y a tratar de retener la noción de lógicas articuladoras respetando, sin embargo plenamente las tendencias particularistas que el discurso posmoderno ha sacado a la luz”.⁶ Por eso, en sus presupuestos el actor histórico central es un pueblo, entendiendo éste como relación entre agentes sociales o “precipitado social de una interacción equivalente de demandas democráticas”. En este punto explicita su diferencia con Gramsci, quien concibe la voluntad colectiva a partir de una

⁶Ernesto Laclau, “Estructura, historia y lo político”, *Contingencia, hegemonía, universalidad: Diálogos contemporáneos en la izquierda*, eds. Judith Butler, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek (Buenos Aires: FCE, 2004) 210.

clase fundamental y no como resultado de prácticas articulatorias; éste sería “el último resabio de esencialismo de Gramsci”. Igualmente resulta clave en este momento la entrada en escena de la heterogeneidad, lo que está fuera del sistema, las marginales, “un real del ‘pueblo’ que resiste la integración simbólica”. Nada es completamente interno ni completamente externo y todas las luchas son políticas. En esta multiplicidad de luchas y movimientos sociales de carácter anticapitalista que se producen hoy es, dice Laclau, imposible determinar *a priori* quiénes van a ser los actores hegemónicos.

En esta lucha hegemónica de fronteras, estrategias y posiciones, el particularismo de las demandas permanece indeciso entre quienes marcan fronteras equivalenciales alternativas. Ya sabemos que, siendo equivalentes entre sí como opositoras al régimen, una de las demandas se convierte en el significante de toda la cadena (es tendencialmente vacío, asume el papel de una universalidad imposible, la plenitud es un objeto mítico, esto le da el carácter de investidura radical). Los otros son los significantes flotantes porque su sentido permanece indeciso entre las alternativas en lucha, o sea que las fronteras son inestables y se pueden desplazar.

Al finalizar el capítulo quinto del libro, está definido el propósito del discurso laclauiano: determinar el funcionamiento básico de la razón populista, la construcción de un pueblo, la definición del estatus de lo político como articulación contingente, las demandas como ruptura de la lógica situacional. Todo lo anterior para establecer el estatuto de la política hoy y el horizonte o las tareas de la izquierda: “construir lenguajes capaces de proveer ese elemento de universalidad que permite establecer vínculos de equivalencia (...) mediante la acción política, tenemos que construir las mismas entidades sociales que deben ser emancipadas”.⁷

En el capítulo sexto, el autor estudia las implicaciones de su teoría de la política para la representación y la democracia. A la construcción de lo popular (el pueblo) le es inherente la representación.

Es interesante la polémica con Claude Lefort sobre cómo no toda voluntad colectiva es totalitaria y más bien en muchos casos es profundamente democrática. Además difiere en un punto clave: el lugar del poder en las democracias no está para Laclau vacío, la vacuidad (plenitud existente en una fuerza hegemónica) siempre es afectada y no debe olvidarse que es una construcción política. Concluye Laclau: “la democracia sólo puede fundarse en la existencia de un sujeto democrático, cuya emergencia depende de la articulación vertical entre demandas equivalenciales” (p. 215).

En los capítulos séptimo y octavo se recurre a la historia política para presentar estudios de caso que muestran la variedad en la constitución de las identidades populares o cómo se constituyen singularidades históricas articulando demandas heterogéneas. Para que este proceso del populismo alcance su culminación, se

⁷ Laclau, “Estructura...”.

requieren ciertas condiciones que tienen que ver con favorecer lógicas equivalenciales o vínculos diferenciales; de allí la variedad de alternativas resultantes.

Los ejemplos estudiados son los del general Jorge Boulanger (1837-1891) y el boulangismo en Francia; el partido comunista italiano al final de la Segunda Guerra Mundial y en la posguerra; se mencionan la larga marcha de Mao, el régimen de Tito, la Liga del Norte en Italia desde 1989; los populismos en América Latina durante casi todo el siglo xx, los de Europa del Este, los Balcanes. Fueron muy variados y se dieron en torno al Estado nacional, al regionalismo, al carácter étnico, etc.

En unos casos, el significante vacío fue débil, en otros la cuestión ideológica limitó la fuerza organizada para llegar a ser el significante vacío unificador (la dependencia del Komintern), en otros se da cierto equilibrio en el sistema político: “la lógica de las diferencias (...) limitó las posibilidades de dividir equivalencialmente la esfera social en dos campos antagónicos (equilibrio inestable entre la lógica diferencial y la equivalencial)” (pp. 236-237). Nunca hay garantía absoluta de que se pueda construir un pueblo.

Finalmente, Laclau hace una comparación entre el Partido del Pueblo estadounidense fundado en 1892, el Partido Republicano del pueblo a comienzos de 1930 en Turquía (Kemal Bayá Ataturk [1881-1938]) y el peronismo en el retorno de Juan Domingo Perón a la Argentina en 1973.

En el proceso productivo de un pueblo en estos tres casos se quiere mostrar que debe haber cierto equilibrio entre lógicas equivalenciales y diferenciales (momentos universalistas y particularista).

En el caso de la historia de los Estados Unidos, concluye Laclau que “la derrota de la ‘promesa democrática’ implícita en el populismo (...) adoptó el modelo de la disolución de los lazos equivalenciales y la incorporación diferencial de sectores dentro de una sociedad orgánica más amplia” (p. 258), y por vía jerárquica.

En el segundo caso, ¿por qué no fue populista el kemalismo? “(...) porque su homogeneización de la ‘nación’ no procedió mediante la construcción de cadenas equivalenciales entre demandas democráticas reales, sino mediante una imposición autoritaria” (p. 264).

En el caso argentino, con el peronismo de las décadas de 1960 y 1970, el significante unificador copó casi todo el escenario (conservando su resquicio particular), unificó las intenciones más disímiles hasta concebirse un peronismo sin Perón y la “argucia” del sindicalismo en el poder. En otras palabras, “el proceso de diferenciación antagónica había ido demasiado lejos”. Aparentemente, las alternativas eran desinstitucionalización total, revolución, reinstitucionalización militarizada. En fin, dice Laclau, “fue su propio éxito en la construcción de una cadena casi ilimitada de equivalencias lo que condujo a la subversión del principio de equivalencia como tal” (p. 266).

El estudio de la razón populista es también un argumento más en defensa de la política contra los enunciadores del fin de la política. Hoy es menos probable

encontrar situaciones de perfecta administración en reemplazo de la política, su muerte supondría un sistema capaz de satisfacer una a una todas las diferencias reduciendo la cadena equivalencial que unifica las demandas; no tendríamos rupturas ni fronteras antagónicas. Para Laclau, el capitalismo globalizado es un estado nuevo porque “hay multiplicación de efectos dislocatorios y una proliferación de nuevos antagonismos (...) toda demanda presupone una heterogeneidad constitutiva, es un evento que rompe con la lógica situacional,” no existen sujetos puros del cambio (pp. 287-288).

El libro termina con unos comentarios que son precisiones y respuestas a Zizek, Rancière, Hardt y Negri. Me limitaré a enumerar lo que tiene que ver con Zizek en palabras resumidas de Laclau:

1. No considera que su investigación opone transformación social global a los cambios parciales.
2. La parcialidad de un horizonte hegemónico no implica resignarse a aceptar el mundo capitalista como eterno.
3. La coherencia del capitalismo no puede derivarse del mero análisis lógico de las contradicciones implícitas en la forma mercancía.
4. La dominación capitalista no es autodeterminada.
5. Hay desigualdad esencial entre los elementos que participan en la lucha hegemónica.
6. No niega la centralidad de los procesos económicos en las sociedades capitalistas, pero no les confiere el estatuto de instancia homogénea autodefinida que opera como fundamento de la sociedad.
7. Ninguna lucha o demanda es más fundamental que otras. Su centralidad depende de su articulación concreta con otras demandas en una totalidad popular. No hay una lucha anticapitalista definida por sí misma.
8. Zizek—dice Laclau—permanece dentro del campo de la inmanencia total, mientras, para él, el momento de la negatividad (investidura radical, opacidad de la representación, división del objeto) es irreductible.
9. La naturaleza sobredeterminada de toda identidad política no se establece apriorísticamente en un horizonte trascendental sino que es siempre el resultado de procesos y prácticas concretas.
10. El pueblo es el protagonista central de la política, y la política es lo que impide que lo social cristalice en una sociedad plena, una identidad definida por sus propias distinciones y funciones precisas (pp. 227-309).

Volviendo a la pregunta por las herramientas que proporciona Laclau, es indudable que el núcleo conceptual del autor es de matriz posestructuralista. En esa medida comparte terrenos con el desconstruccionismo (contra toda metafísica), pero igualmente marca territorio para ir más allá con respecto a este último. Lo paradójico

es que en ese ir más allá se encuentra de nuevo con el desconstruccionismo derridiano en el terreno de la fantología (estudio del proceso espectrogénico que “repolitiza el marxismo”). La justicia, la hospitalidad, la democracia como indesconstruibles, como promesa, aunque nunca se realicen, producen efectos. Aquí ya entramos al mundo aporético como dice Werner Hamacher citado por Elías José Palti

(...) mundo cuya idea yace en el conflicto infinito con toda realización singular y en conflicto son su siempre posible anulación. El conflicto es tan inevitable como la promesa de la que surge. Aquello que no puede conclusivamente evitarse pero uno debe oponerse es a la posibilidad contenida en la tendencia de la promesa de no ser una promesa sino, en cambio, un programa totalitario un plan o, simplemente, no serlo en absoluto. A lo que debe uno oponerse es a la organización del futuro.⁸

Otra aporía consiste en que “la promesa pueda ser efectiva únicamente al precio de su radical ineffectividad”. Debe mantenerse para que produzca acción, acontecimientos. Aquí cabe la pregunta: ¿el sujeto es posible sólo como sujeto espectral?

Al fin de cuentas lo que está en entredicho es cómo lograr la construcción hegemónica, construir un pueblo, intentar realizar la promesa sin negarla a través de los medios para conseguirla que es lo que ha constituido la ontología revolucionaria. Esto es lo que complica el marxismo posestructuralista de la “razón populista” al plantear que sugerir lo que se quiere construir y los instrumentos para hacerlo (organizaciones, proyecto-programa, actores-sujetos, partidos, poderes, oposición) ontologiza, resucita la centralidad de una clase y vuelve teleológico el horizonte, despertando así los temores de no volver a tener la promesa en la mano nunca más.

De mi parte, soy simpatizante de correr el riesgo una y más veces.

Terminemos con las palabras finales de Elías José Palti en su libro *Verdades y saberes del marxismo*, al subrayar su argumento central:

(...) esta simultánea necesidad-imposibilidad de sentidos luego de quebrado el Sentido, que nos hace hablar de una ‘crisis de la política’, que hace que ésta se nos aparezca como problema, la que el ‘legado de Marx’ designa, y en la que encuentra, si no la única posible, la mejor expresión hoy disponible, la que señala ese horizonte que se abre luego del Sentido y permite internarnos en él.⁹

Estas palabras coinciden con la intención de Laclau en su libro al insinuar y demandar reconceptualizaciones con respecto a la autonomía de las demandas sociales, su lógica articuladora y las colectividades que de allí resultan.

⁸ Elías José Palti, *Verdades y saberes del marxismo: Reacciones de una tradición política ante su crisis* (Buenos Aires: FCE, 2005) 156.

⁹ Palti 205-206.